

por Hans Dederscheck

Capítulo 1

EL MATRIMONIO

Hablar del matrimonio no es ninguna tarea fácil, aún más cuando consideramos las muchas interpretaciones particulares de las gentes. Pero hablar de ello es muy importante, porque el matrimonio en nuestros días es cada vez más débil, más calaminoso y más rechazado por los hombres. Muchos jóvenes piensan que tal relación es innecesaria para alcanzar la felicidad en su vida. Otros creen que la vida matrimonial ideal es imposible. Estos jóvenes y chicas ven la realidad del matrimonio dentro de su propia sociedad y, con justa razón, afirman que "es mejor no cometer los errores de nuestros mayores". Es cierto que muchas personas reciben un cuadro totalmente negativo por lo que observan en otros matrimonios. Y esto ha de caerles como una ducha fría. Pero, aunque otros hombres fracasan y dan con su vida un ejemplo pobre y triste, ¿quiere decir esto que nosotros no podríamos hacerlo mejor? ¿Significa eso que mi matrimonio ha de ser un fracaso también?

En el principio, el Creador hizo un hombre y una mujer. "Por esto dejará el hombre al padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Así que ya no son más dos, sino una sola carne" (Mateo 19:4-6). El matrimonio no es un elemento accidental, sino elemental de la creación. Y esto va hasta tal extremo que el hombre es completo y perfecto recién cuando se une a su mujer, la otra parte de su personalidad, porque Dios los creó "macho y hembra" (Génesis 1:26,27). Hasta el momento en que Dios había creado la pareja humana no encontró satisfacción total en Su obra (Génesis 2:18). Dios, entonces, es el que desea que los hombres se unan en el vínculo del matrimonio. Dios es también aquél personaje que posibilita la vida matrimonial en toda su plenitud, y El hace del matrimonio una bendición. En Efesios 5:31,32 el apóstol Pablo habla de la relación íntima entre el hombre y su mujer y lo compara con la relación que debe existir entre Cristo y su iglesia. Dice: "Grande es este misterio". Porque así como Cristo es cabeza de su iglesia y salvador de su cuerpo y Cristo y sus seguidores son inseparables en esencia, así debe ser la intimidad entre los dos cónyuges que forman un matrimonio. El hombre es la cabeza y el salvador de la mujer y ambos seres llegan a unirse perfectamente en el lazo matrimonial. Aunque sean dos seres diferentes, con educación e ideas discrepantes, serán uno como pareja e inseparables por la atadura invisible del matrimonio.

"Lo que Dios une, no lo separe el hombre". Aquí nos dice Jesús que es el Creador el que hace posible la unión de dos seres. Esta unión es, de hecho, irrompible y, aunque esté atravesando por problemas y contratiempos muy difíciles que nos parezcan imposibles de solucionar, aquella unión siempre prevalecerá porque la mujer es parte de su marido, y el marido es parte de su mujer, de modo que los dos son uno solo. No está la mujer completa sin su hombre, ni tampoco el hombre sin su mujer. Es interesante considerar el comentario bíblico que nos dice que Dios tomó algo de Adán para formar una mujer; su mujer.

Es cierto que muchas vidas matrimoniales en nuestros días están fracasando y terminando en las cortes de divorcio. ¿Es esta actitud necesaria? ¿No habrá, acaso, una solución a los problemas que acosan a la humanidad? Creo que sí. Y al decir así es que estoy realmente convencido de que todos los divorcios y matrimonios infelices pueden ser evitados. La solución está en la pareja misma. En su actitud. En su manera de contemplar las cosas. Está en su grado de fe en Dios y en el cumplimiento de la doctrina de Cristo. Tomemos unos ejemplos sencillos: un matrimonio fracasa porque la mujer o el marido no atiende a su cónyuge normalmente en cuanto a las relaciones íntimas que son esenciales para la felicidad de la pareja. ¿El divorcio es la solución? ¿Acaso tiene la pareja la garantía de que con otro socio conyugal va a tener mayor éxito? La Biblia nos dice que debemos cumplir con el deber conyugal, y procurar la satisfacción de nuestro cónyuge. Creo que con menos egoísmo, mayor amor y más voluntad podemos lograrlo. Hay excelentes libros escritos por médicos al respecto que deben ser leídos con toda franqueza. Una mujer continuamente insatisfecha por su esposo debe tener el valor de hablar amorosamente con su marido y manifestarle que ella requiere una total satisfacción, al menos a veces, en las relaciones con su esposo. Un hombre comprensible entenderá fácilmente que para encontrar la felicidad en la relación íntima con su mujer, debe procurar contentarla a ella primero antes de buscar su propia satisfacción en su mujer. De esta forma el problema tiene su solución. Una mujer quizás demasiado fría en sus impulsos sexuales debe tener la suficiente imaginación como para comprender que su marido desea también plena felicidad en las relaciones amorosas con su esposa, porque esto es importante para el normal equilibrio de sus emociones y sentimientos.

Otro ejemplo: es casi imposible que no haya en un hogar ciertas discrepancias y momentos de tensiones por una u otra razón. ¿Es este hecho una excusa para que los esposos se griten, e insulten y luego, cansados, se separen y distancien cada vez en mayor grado? La Escritura nos dice: "Airaos, pero no pequéis". Dios conoce nuestra naturaleza humana, pues El nos ha creado. Y Dios sabe muy bien que nuestro carácter es débil e imperfecto. Puede haber momentos difíciles y de altas tensiones, momentos de enojo y de dificultades. Pero esto no significa que el hombre y su mujer tengan que ofenderse y separarse porque se han hecho la vida imposible. Podríamos citar cualquier otro

inconveniente que comúnmente surge en los matrimonios, y podemos estar seguros de que todos encontrarían una solución pacífica si solamente obedecéramos la palabra de Dios. El adulterio no tiene sentido. Ninguna mujer puede encontrar en el "otro" algo mejor que encuentre en su propio marido, porque él es parte de su cuerpo y ella se complementa solamente con su marido. Ningún hombre tampoco encontrará otra mujer mejor que la suya por la misma razón arriba expuesta, porque es parte de él. El problema tiene su raíz en la mente de los seres humanos. Cuando un hombre o una mujer codicia otra persona entonces comienza el cuadro del deseo en la mente del culpable. Dios tiene una solución. Obedecerle y rechazar la carnalidad del hombre natural (Malaquías 2:14 16; Génesis 2:21 25).

Los hombres que piensan que en el amor libre encuentran la felicidad están equivocados e ignoran profundamente la relación dulce y hermosa del sexo en el matrimonio. El amor fuera del matrimonio siempre tiene que ver algo con "mercadería" que se compra. Pero el amor conyugal es el amor verdadero (físico y espiritual) en el sentido más sublime de la palabra, porque es la unión más estrecha y amorosa de dos seres que, impulsados por un amor espiritual puro que los une, consuman luego el deseo sexual como máxima expresión de sus sentimientos. Una cosa es tener una mente sensual y perversa y otra cosa es el amor físico que nace del amor espiritual de dos seres que se aman por siempre y en la verdad.

¿Qué beneficios tenemos en el matrimonio? Primeramente hallamos un compañerismo real y verdadero. Todos, tarde o temprano, nos sentiremos solos, sin nadie en el mundo que nos comprenda. La soledad es un hecho y nos maltrata duramente porque, en esencia, el hombre es creado para vivir en compañía Génesis 2:18 22 nos habla de los momentos solitarios del primer hombre. Se dice luego que al recibir de Dios su mujer encontró una compañera ideal. Me recuerdo de muchas amistades leales, basadas en una profunda relación amistosa con otros compañeros, pero ninguna amistad era tan perfecta como aquella que encontré más tarde en mi esposa. Ningún ser nos comprende tanto como nuestra esposa o esposo, y nadie puede darnos un compañerismo verdadero como aquella persona con la cual hemos decidido compartir nuestra vida.

Sin embargo, no es el compañerismo solamente que buscamos tan ardientemente. El matrimonio nos ofrece aún más: una ayuda idónea. Así* como la mujer casada puede estar tranquila en su hogar confiada en que su marido le traerá lo necesario para el sustento del hogar, de su propia vida y la de sus hijos, así también el hombre encuentra en la mujer una ayuda ideal, apropiada, ya que ella cumple con los quehaceres que el marido no podría hacer aparte de su trabajo diario. Ambos, el esposo y su mujer, con fuerzas unidas trabajan para lograr la felicidad de su hogar. Esto requiere el esfuerzo constante y un sacrificio abnegable de los dos.

En el matrimonio Dios dispuso también la procreación de la raza humana, lo que se consume automáticamente en las relaciones sexuales. En el principio, Dios creó a Adán y Eva, su mujer, milagrosamente, pero desde entonces Él ideó otro sistema mucho más adecuado y bello: la procreación por la intervención del marido y de la mujer. No cabe duda de que Dios, si Él lo quisiera, podría darnos los hijos milagrosamente. Pero, ¿encontrarían los padres la misma felicidad como la pueden alcanzar ahora? Hay muchas mujeres jóvenes que formalmente se sienten avergonzadas al tener la idea de llevar en sus entrañas un hijo. Me parece que tal actitud es completamente absurda. La mujer ha sido creada y puesta en el mundo con una misión específica: la de ser madre y dar a luz niños. La maternidad de la mujer es entonces la expresión más maravillosa de su ser, y el matrimonio es el vínculo, en el cual ella encuentra la satisfacción de estos impulsos que el Creador le ha dado: ser madre y esposa. Y cuánta esperanza, cuántos suspiros, cuántos anhelos mientras esté esperando el hijo que, en fin y buen resumen, es el fruto de su amor con su esposo. Cuánta alegría cuando llega el momento del nacimiento. Aquí ve realizada sus sueños y deseos más anhelados. Ve en el hijo la imagen misma de su marido, porque es él el que posibilitó su felicidad, y es él el que engendró en ella ese niño que ahora significa un cambio total en su vida. Nuevos planes, nuevas responsabilidades; un ser nuevo en el hogar, he aquí que todo es nuevo. ¡Qué alegría! ¿Puede la mujer negar el fruto de su vientre? ¿Puede olvidarse del hijo de sus entrañas? Querida amiga, ser mujer, esposa y madre es para tí lo más maravilloso que el Creador pueda haberte regalado. Tienes motivo de ser orgullosa por ello dando gloria a Dios con tu vida.

Pienso que aquellos seres que nunca llegan a realizar el matrimonio no han conocido la vida en toda su belleza. Yo sé que el matrimonio trae consigo muchas responsabilidades y, a veces, problemas y momentos muy serios, especialmente cuando los cónyuges tienen que atravesar por una época de necesidad material, enfermedades u otras dificultades. Pero los muchos momentos bellos que el matrimonio ofrece nos hacen olvidar los ratos tristes y llenos de preocupación. Pensemos: compañerismo, ayuda idónea, los hijos, el deleite sexual, el amor sincero que solamente puede existir entre el hombre y su mujer. El hombre sólo, ni la mujer sólo, puede alcanzar estas felicidades. Los jóvenes deben acercarse al matrimonio con la debida preparación sabiendo de que se trata y bien afirmados en la palabra de Dios, y así no tendrán que temer cuando llegue el momento de concretarse el matrimonio.

La Escritura nos habla dulcemente del vínculo matrimonial. He aquí unos extractos del libro de Cantar de los Cantares". Es una conversación entre la esposa y su esposo.

"Esposa: Bésame con besos de tu boca. Son tus amores más suaves que el vino. Dime tú, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía. Es mi amado para mi bolsita de mirra que descansa entre mis pechos".

"Esposo: Como lirios entre cardos es mi amada entre las doncellas".

"Esposa: Reposo su izquierda bajo mi cabeza y con su diestra me abraza amoroso".

"Esposo: Qué hermosa eres, amada mía qué hermosa eres. Son palomas tus ojos vistos a través de tu velo. Son tus cabellos rebañito de cabras que ondulantes van por los montes de Galad. Cintillo de grana son tus labios, y tu hablar es suave. Son tus mejillas mitades de granada ... tus dos pechos son dos millizos de gacela que triscan entre azucenas. Qué dulces son tus caricias, hermana mía, esposa. Dulces más que el vino son tus amores. Miel virgen destilan tus labios, leche y miel bañan tu lengua, y es el olor de tus vestidos el perfume del incienso".

"Esposa: Yo soy para mi amado y mi amado para mí ..."

"Esposo: Qué hermosa eres, qué hechicera, qué deliciosa, amada mía. Esbelto es tu talle como palmera y son tus senos sus racimos. Si, sean tus pechos racimos para mí. El aliento de tu boca es aroma de manzana, tu boca es vino generoso, que se entra suavemente por mi paladar".

"Esposa: Yo soy para mi amado y a mí tienden todos sus anhelos. Ven, amado mío, vámonos al campo, haremos noche en las aldeas. Madrugaremos para ir a las viñas, veremos si brota ya la vid, si se entreabren las flores, si florecen los granados, y allí te daré mis amores".

Una mujer hermosa de espíritu y virtuosa siempre sigue siendo la corona de su marido, y un esposo fiel y caballeroso la alegría de su mujer. La Biblia dice que es mejor vivir en el rincón del tejado que habitar en mansión espaciosa pero con mujer rencillosa (Proverbios 25:24; 12:4). Recordemos en este lugar que Ezequiel, por la muerte repentina de su mujer, perdió "su fortaleza, el gozo de su vida, el deleite de sus ojos y el objeto de su amor" (Ezequiel 24:16 27).

El matrimonio es santo. La relación entre el hombre y su mujer es sagrada. Su intimidad debe basarse en los preceptos divinos. El adulterio no es ya meramente la intrusión en otra pareja casada, sino que constituye la separación de la persona con la cual se está casada; unido en perfecta unión por el vínculo del matrimonio (Marcos 10:11). Puesto que el adulterio proviene del corazón (la mente), este estado ya ha comenzado al desear otra mujer, o viceversa (Mateo 5:27; 15: 19).

En sus propias manos, querido lector, se encuentra el poder de la felicidad o de la destrucción de su vida matrimonial. Es preciso que volvamos a los preceptos de Dios para comprender nuevamente el sentido profundo y bello que nos ofrece el matrimonio que Dios ha dado a la raza humana para su felicidad. Este pequeño estudio no pretende ser completo, pues tendríamos que escribir un libro voluminoso. Pero sí he querido darle unos consejos que también usted puede leer en, el Libro Sagrado. Es mi deseo que usted pueda encontrar pleno éxito en su matrimonio.

En el siguiente capítulo vamos a contemplar las responsabilidades, las obligaciones y los placeres del esposo. La Escritura será siempre y exclusivamente nuestra guía y veremos qué felicidad es posible alcanzar en el matrimonio si solamente decidiéramos volver a respetar y poner por obra los preceptos del Dios eterno.

Capítulo 2

EL ESPOSO

En nuestro estudio anterior hemos aprendido que el hombre se complementa cuando encuentra a su mujer, pues es parte de él, y ella hace lo mismo cuando halla a su marido. Y los dos serán una sola carne. Dios formó la mujer para el hombre tomando de la costilla de aquél. He aquí un misterio: ¿Por qué precisamente de la costilla? Para que la mujer camine lado a lado con su esposo como dos compañeros inseparables. Es cierto que entre hombre y mujer, en el matrimonio, no hay diferencias esenciales y los dos, básicamente, caminan unidos en perfecta armonía. Sin embargo, la Escritura contempla al hombre, en su calidad de marido, y padre de familia, como la cabeza de la mujer y la mujer debe vivir sumisa bajo la autoridad de su esposo, siempre y cuando que no haya abuso en esa relación.

En este capítulo queremos ver las responsabilidades y obligaciones y los derechos del esposo y de este modo penetrar un poco más en el vínculo matrimonial que nos ocupa.

"Sé constante en la lectura y meditación de la Sagrada Escritura; camina siempre en la ley de Dios, muestra celo por leer la Escritura, y nunca deja de hacerlo". Estas son las palabras sabias de San Bernardo. Y este hombre tiene razón. Porque si esto hacemos, podremos tener mayor éxito como esposo, padre y autoridad de nuestra familia.

Cada miembro en el hogar tiene su propio lugar dentro de la vida familiar. Al marido le toca su parte que otras personas no podrían hacer. El esposo es el responsable de mantener una valla protectora alrededor de su hogar, darle fortaleza y manteniéndolo firmemente atado, de manera que nadie pueda romperlo jamás. ¿Qué es lo que debe el marido a su mujer y a sus niños?

El apóstol Pablo dice (Efesios 5:23) que "el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador". "Cabeza" se refiere aquí a "dirigente", "cerebro", es decir, el que lo maneja todo. Cristo dirige, como cabeza, la marcha de su iglesia. De la misma manera el esposo debe dirigir y gobernar su hogar con toda sabiduría, proveyendo las cosas necesarias para su esposa y sus niños, tales como alimentos, ropa de vestir, educación moral y escolar, juego sano, entretenimiento, atención médica, disciplina y amor. El esposo es responsable por la unidad y por la felicidad de la familia. Dice Dios que "si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo" (1 Timoteo 5:8). En estos textos de la Sagrada Escritura vemos la responsabilidad básica del hombre en su hogar, y su relación con su mujer y sus hijos.

El marido debe amar a su mujer (Efesios 5:25); debe ser bondadoso y tolerante con ella (1 Corintios 13:4-8). Muchos hombres fracasan en cuanto a esta obligación esencial en la vida. Dice la Biblia que el amor lo es todo. Sí, el amor es la perfección en la vida. Pero no hablo de un amor egoísta que solamente procura conseguir lo suyo propio. Hablo del amor que viene de Dios, de un amor que conoce la paciencia y el sacrificio, el amor que sabe negarse a sí mismo para servir a otros; el amor que puede sobreponerse a las cosas diarias de nuestra existencia; que siempre se fija en hacer el bien con sus semejantes. Amar a su mujer es amar a sí mismo porque nadie descuida su propio cuerpo, sino que lo abriga, cuida y alimenta, de modo que si alguien ama a su mujer, se ama a sí mismo. Aún no ha hecho nada extraordinario. Muchísimos hogares sufren de tensiones continuas, dificultades que los arrastran hasta el borde mismo de la catástrofe, porque el marido no sabe amar a su mujer en la verdad. La mujer es una ayuda idónea para el hombre. Ella trabaja en los quehaceres del hogar con mucho esfuerzo y fatiga igual que su marido en otras labores. Ella siente el mismo cansancio por la fatiga que su marido. Ella tiene los mismos deseos, igual que su marido, de comer algo diferente de lo general; quiere hacer un paseo, comprarse algo que esté fuera de lo común; ella tiene la misma necesidad de atención médica como su marido y al igual que su marido tiene el deseo de leer, escuchar música sana, etc. ¿Dónde está el marido que, conforme con sus posibilidades económicas, no se regale todo esto y sin añadir una sola palabra? ¿Por qué no queremos compartir lo mismo con nuestra esposa? Muchos hombres piensan que su mujer es una especie de esclava o sirvienta de por vida y "si bien me ha casado con ella, que sepa, pues, servirme y que no reclame nada". Si usted

quiere obtener la felicidad de su hogar y, ¿quién no lo desea? debe cambiar sus actitudes y pensar que su mujer es también hecha de carne y huesos, y que ella siente las mismas necesidades que usted. ¿Por qué no se comparten en el futuro todas las cosas y las tienen realmente en común? Pruébalo, al menos, y verá el cambio tan grande que habrá en la relación con su esposa. El egoísmo separa, el amor une y edifica. El amor hace sacrificios, no piensa en lo suyo, es abnegable, y siempre procura el bien del prójimo.

"Vosotros, maridos, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo" (1 Pedro 3:7). El marido debe honrar a la mujer, dice la palabra de Dios, mostrándole simpatía y comprensión, viviendo con ella con sabiduría y conocimiento. Es preciso que el marido tenga un punto de vista inteligente de la naturaleza de su mujer para comprenderla debidamente como vaso más frágil. El marido sabio debe aprender a ayudar a su mujer a sobrellevar con paciencia las cargas diarias de la vida, y no tratarla con dureza porque ella muestra debilidad. El hombre vive sabiamente con su mujer y le da honra cuando éste comparte todas las cosas con ella, y le consigue la paz mental y el amor que necesita. No olvidemos que ella es la otra parte de la personalidad de él, y que no hay relación tan grande, armoniosa y maravillosa como el vínculo amoroso matrimonial. Muéstrele siempre afecto y un carácter estable, dulce, y compórtese dignamente frente a ella tratándola como ser que merece el mismo respeto como usted. No en vano dice la Escritura que los maridos no deben ser ásperos con sus mujeres (Colosenses 3:19). Medite, querido lector, sobre todo lo que hemos dicho hasta aquí. ¿Reconoce algo que quizás es causa de fricciones en su hogar? Entonces, obedezca a Dios, por medio de Su palabra escrita, y verá que puede vencer todas estas pequeñeces y alcanzar la felicidad que anhela.

La relación entre el marido y su mujer debe ser santa y pura. El adúltero destruye su propia felicidad por un momento de locura y se deshonor a sí mismo. El hombre que piensa que tiene que vivir engañando a su mujer es débil y muestra, en sumo grado, inmadurez y falta de juicio y de hombría. La relación matrimonial es sagrada y nadie debe romper este vínculo armonioso (Mateo 5:27 29; 19:3 9; Hebreos 13:4). En esto reside, tal vez, el mayor de los problemas conyugales: la infidelidad. Los hombres deberían pensar en el tremendo daño que causan al ser infieles a su mujer; el trauma psíquico que dejan en la vida de la mujer y de los niños, muchas veces, es irreparable. Los divorcios constituyen un verdadero rompecabezas en nuestros días y parece que esto es cada día más dramático. Sin embargo, creo firmemente que existe una solución y que todo depende de la voluntad del hombre. Cristo nos enseña que el adulterio tiene su raíz en la mente del ser humano cuando éste comienza a "codiciar" (o desear) lo que no le corresponde. El deseo impuro nace en la mente; luego es concebido y, finalmente, pare y da a luz el pecado,

es decir, consuma luego sus deseos impuros con otra persona. Aquí* hay dos cosas que debemos observar para controlar nuestras vidas: 1. respetar las leyes de Dios, en el sentido de ponerlas por obra y 2. volver a respetarnos a nosotros mismos como seres humanos, no viviendo como esclavos de la carne. Tenemos que controlar nuestro cuerpo con nuestra mente, y nuestra mente debe ser controlada por la palabra de Dios. Este sistema ha trabajado siempre en aquéllos que realmente quieren vivir vidas limpias y honestas, y este método funciona aún en nuestro siglo veinte, porque proviene de Dios.

Pensemos. ¿Qué porvenir tendrán nuestros hijos que, al fin y al cabo son el fruto de nuestro propio ser, si nuestro matrimonio naufraga en las cortes de divorcio por un error cometido? ¿Qué porvenir tendrá la mujer que nos ha confiado su vida entera a nosotros, si la abandonamos porque pensamos que "otra es mejor"? ¿No existe el peligro de que ella termine en una vida terriblemente abandonada y que la misma suerte corran nuestros hijos? Además, no todos, pero muchos de nosotros sentimos repugnancia frente a la prostitución que hay en nuestro derredor. Pero, ¿qué diferencia existe entre la prostitución a licencia y aquella que los seres humanos practican mediante el adulterio? Deberíamos sentir la misma náusea ante nuestros pecados de fornicación que la que sentimos cuando se trata de otros hombres. Todos comprendemos que el sexo es un impulso fuerte y poderoso. Todos comprendemos que siempre estamos tentados por este lado; pero también debemos comprender que todo impulso, sea fuerte o débil, es controlable por la mente humana si verdaderamente queremos controlar nuestras actitudes. También debemos reconocer que ninguna mujer, por más bella que sea, y por más codicioso su cuerpo sea, puede darnos el mismo deleite sexual que nuestra esposa, porque mujer hay solamente una en la vida de cada hombre, su otro yo que busca y finalmente encuentra. La "aventura" con la otra siempre tiene que ser a base de "cosa por mercadería". La relación con la mujer ajena es nada más que un autoengaño. Aunque creamos que exista amor, solamente hay pasión, y la pasión nunca puede ser noble ni pura (1 Tesalonicenses 4: 3-7), porque es concupiscencia. Hay una sola pasión pura, la que un hombre siente en el momento de la unión sexual con su esposa. No dudo de que usted puede contemplar todo este vasto problema desde otro punto de vista y que, además, encuentre usted la una u otra excusa o justificación. No obstante, justificándonos y contemplando las cosas desde nuestro propio punto de vista jamás nos llevará hacia la felicidad, sino sólo hacia la discusión. Lo que debemos hacer es corregir nuestros errores, enmendar nuestra vida y ponerla de acuerdo con las leyes de Dios.'

Quiera Dios que estas palabras sencillas lleguen al corazón de los lectores y que cada uno pueda reconocer en ellas sus propios errores y corregirlos. Cada hombre, en su calidad de esposo y padre de familia, ha recibido del Creador un encargo de tremenda responsabilidad, obligaciones y tareas que es preciso cumplir con toda honradez. No podemos mejorar este mundo lamentándolo

como lo hacen todos, sino solamente cuando comenzamos a mejorar nuestras propias vidas. El hogar es el Estado en miniatura. Ninguna nación, por más rica que sea, puede ser vitalmente poderosa y fuerte, cuando sus miembros que la componen, no ofrecen estabilidad y progreso en el mismo hogar. Lo que un pueblo vale se refleja en lo que vale un hogar. Y el hogar comienza contigo mismo. Así como es deber del marido cumplir con su mujer el deber conyugal en lo que se refiere a las relaciones íntimas, procurando la felicidad de su mujer (1 Corintios 7:2,3), así también debe cumplir con ella el deber moral de no engañarla, ofreciendo a su matrimonio fidelidad y estabilidad.

Muchos hombres van a otras mujeres porque nunca han logrado satisfacer de índole sexual a su propia esposa y por este hecho ella nunca ha podido ofrecer a su marido lo que realmente puede y quisiera darle. Es bueno que el hombre aprenda sabiamente a buscar primeramente la felicidad total de su mujer y de esta manera verá que también el sentirá algo más grande en esa intimidad con su mujer. Y un marido contento, por satisfacer debidamente a su propia mujer, está menos expuesto a fijarse en otra mujer. Todo depende, pues, de vivir sabiamente en esta vida y no bajamos en nuestra dignidad de seres creados a la imagen y semejanza de Dios.

Concluamos esta contemplación con las sabias palabras de Dios, que nos dicen:

"Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre, y no dejes la enseñanza de tu madre. Atalos siempre en tu corazón, enlázalos a tu cuello. Te guiarán cuando andes; cuando duermes te guardarán y hablarán contigo cuando despiertes. Porque el mandamiento es lámpara y la enseñanza es luz, y camino de vida las reprobaciones que te instruyen, para que te guarden de la mujer mala, de la blandura de la lengua de la mujer extraña. No codicies su hermosura en tu corazón, ni ella te prenda con sus ojos; porque a causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un bocado de pan; y la mujer caza la preciosa alma del varón. ¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen? Así es el que se llega a la mujer de su prójimo; no quedará impune ninguno que la toque. No tienen en poco al ladrón si hurta para saciar su apetito cuando tiene hambre; pero si se le sorprende, pagará siete veces; entregará todo el haber de su casa. Más el que comete adulterio es falto de entendimiento, corrompe su alma el que tal hace. Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada. Porque los celos son el furor del hombre, y no perdonará en el día de la venganza. No aceptará ningún rescate, ni querrá perdonar, aunque multipliques los dones" (Proverbios 6:20-35).

"Hijo mío, está atento a mi sabiduría, y a mi inteligencia inclina tu oído, para que guardes consejo, y tus labios conservan la ciencia. Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite; más su

fin es amargo como el ajeno, agudo como espada de dos filos. Sus pies descendiendo a la muerte y sus pasos conducen al seol. Sus caminos son inestables; no los conocerás, si no considerares el camino de vida".

"Ahora, pues, hijos, oídme, y no os apartéis de las razones de mi boca. Aleja de ella tu camino, y no te acerques a la puerta de su casa, para que, no des a los extraños tu honor, y tus años al cruel; y no sea que extraños se sacien de tu fuerza y tus trabajos estén en casa del extraño, y gimes al final, cuando se consume tu carne y tu cuerpo, y digas: Cómo aborrecí el consejo, y mi corazón menospreció la reprensión; no oí la voz de los que me instruían, y a los que me enseñaban no incliné mi oído! Casi en todo mal he estado, en medio de la sociedad y de la congregación. Bebe el agua de tu misma cisterna, y los raudales de tu propio pozo. ¿Se derramarán tus fuentes por las calles, y tus corrientes de aguas por las plazas? Sean para ti solo, y no para los extraños contigo. Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud, como cierva amada y graciosa gacela. Sus caricias te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recreáte siempre. ¿Por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena, y abrazarás el seno de la extraña? Porque los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová, y El considera todas sus veredas. Prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado. El morirá por falta de corrección, y errará por lo inmenso de su locura" (Proverbios 5:1-23).

Capítulo 3

LA ESPOSA

Afirma la palabra de Dios que el varón que encuentre esposa ha encontrado un tesoro. Y es así que la mujer de verdad es un tesoro incalculable, en la cual el corazón de su marido puede confiar. Ella es amante y benigna, sabe proveer para el hogar, tiene la casa bien atendida y procura el contentamiento de su esposo y de sus hijos. No pienso en la mujer ideal de ensueños. Pero si pienso en que la mujer puede contribuir para la felicidad de su hogar, de su marido y de sus niños También ella, al igual que su esposo, tiene obligaciones y responsabilidades y está en su poder el edificar o destruir el hogar, pues no en vano dice la Escritura que "la mujer sabia edifica su casa; más la necia con sus manos la derriba" (Proverbios 14: 1). Es verdad que muchas mujeres han contribuido al derrumbe de su hogar por sus actitudes negativas. Sin embargo, la mujer inteligente, la mujer entendida y fuerte, edificará su hogar, y su marido puede alabarla (Proverbios 31: 28). Yo no creo en una mujer de ensueños que pasa por la mente de muchos hombres, pero si creo

sinceramente que la mujer que teme a Dios, ésa será alabada y ésa tendrá gran éxito en su vida (Proverbios 31:30); esto por sus buenas obras, por su amor, por su cuidado en el hogar, y porque ella puede llegar a ser, por su voluntad, gloria de su marido y la confianza y felicidad de ambos, de él y de sus hijos. "Muchas mujeres hicieron el bien; más tú (la mujer que obedece a Dios) sobrepasas a todas. Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, ésa será alabada."

Los dos, hemos dicho, llegarán a ser uno en el matrimonio. Cada cual depende del otro y los dos se complementan mutuamente. Cada cual depende para su felicidad del otro cónyuge. También la mujer encuentra su plenitud recién en el matrimonio y en la vida común con su marido. La mujer, dice la Escritura, fue creada para el hombre y encuentra en él el cumplimiento de su misión, siendo esposa y madre.

Hay en el mundo de hoy tantas mujeres jóvenes que no contemplan con buenos ojos la posibilidad del matrimonio. Dicen que hay mucha responsabilidad y muchas labores que hacer y esto de tener niños no les parece bien, pues es muy molesto y algunas sienten vergüenza cuando se imaginan que llegue el momento de la maternidad. Me parece que en esto, razonamientos no hay mucha verdad, pues primeramente fue creada la mujer como una ayuda idónea para el hombre, luego como compañera de su hombre y para que finalmente sea madre de sus hijos. La mujer de verdad no puede encontrar felicidad completa sin dar cumplimiento a todo esto, pues el Creador hizo la mujer de tal forma que ella necesita cumplir con todo ello. Desde luego, hay excepciones, como también las hay entre los hombres, que sin casarse pueden pasárselas muy bien. Pero las excepciones no confirman la regla. Yo, personalmente, creo con todo convencimiento que la mujer que lleve en su vientre un ser, fruto de su amor con el hombre a quien ha confiado su vida, puede tener motivo suficiente de enorgullecerse, pues ha cumplido lo más sublime del llamamiento para el ser femenino: concebir en el amor conyugal un nuevo ser y dar a luz el hijo de su amor, en el cual verá reflejada la esencia misma de su marido.

Hay mujeres que se quejan y dicen que esto de tener hijos es cosa muy dura y no piensan tener más. Dicen que sería mucho más conveniente adoptar los hijos, o que los hijos vengan por otro medio que el establecido por Dios. Pensemos: en el principio Adán y Eva fueron puestos en el mundo por Dios milagrosamente, pero a partir de entonces Dios ideó un sistema mucho más complejo, el de que el esposo engendrara en su mujer el hijo y que ella pariera de sus propias

entrañas ese ser. Me imagino que, si Dios nos daría los hijos milagrosamente, sin nuestra intervención, posiblemente no los apreciaríamos a ellos como lo hacemos ahora. Pensemos en toda aquella época hermosa de la mujer durante

su embarazo. Sabe que este ser que ya vive dentro de ella es parte de su marido, es engendrado por él. Siempre lo tiene presente, y ahora tiene nueve meses hasta la formación total de la criatura durante los cuales ella puede prepararse para recibir el fruto de su amor. Finalmente llega el momento y puede tener ese hijo tan amado, tan esperado, en sus brazos; criarlo, atenderlo y ver como bajo su cuidado se hace un hombre o una mujer. Hubo una vez una mujer que decía: "Soy la persona más feliz y contenta del mundo por haberme hecho Dios una mujer, esposa y madre". Ella tiene razón. Ella ha comprendido su misión en este mundo.

¿Qué puede un esposo esperar de su mujer? Desde luego, la esposa tiene la misma obligación como su marido; tiene que serle fiel en todo, honrar el lecho matrimonial y apartarse de toda manifestación de concupiscencia y fornicación. Debe respetar a su marido (Efesios 5:33), porque él es cabeza de la mujer, y jefe del hogar, y es preciso que ella le conceda siempre el puesto que le corresponda, con mucha honradez y amor sincero. Nunca debe hacer escenas delante de los hijos o delante de familiares y jamás debe hacer algo que sea contraproducente a su posición de hombre del hogar. Ella debe vivir siempre bajo sujeción de su marido, y ha de mostrar modestia y pudor en su ser (1 Timoteo 2:9-15). El apóstol Pedro (1 Pedro 3:14) añade diciendo que ella debe tener un corazón humilde, mostrar una conducta casta y honesta en todas sus actitudes, ser cuidadosa de su hogar, como lo exige el apóstol Pablo (Tito 2:4,5), y hacer del ambiente familiar un hogar de paz, amor y de felicidad (1 Pedro 3:14). Ninguna mujer rencillosa puede ser aplaudida (Proverbios 21:19).

Muchísimas mujeres piensan que entonces ha de ser una especie de esclava de su marido. La verdad es que en ninguna parte se habla de esclavitud; todo lo que Dios exige de la mujer, para su propio bien, es una vida moral dedicada a El y a su marido y a sus hijos. La mujer que vive su propia vida, sin responsabilidades, rehusando las obligaciones que le corresponden, es, en realidad, muerta. Todos queremos tener éxito en la vida y vivir en armonía y felicidad. También la mujer, en el fondo de su corazón, posee estos deseos. Hay en la Biblia muchísimas noticias y relatos de mujeres virtuosas. Ninguna de ellas necesitaba vivir una "vida de monasterio", porque Dios no se fija en la religiosidad externa, sino en la del corazón. Todas ellas eran mujeres comunes con sus problemas, deseos y dificultades. Todas eran esposas y madres, pero a la vez agradaron a Dios y tuvieron éxito en su vida matrimonial, pues eran mujeres prudentes y sabias. Se dice que teniendo simplemente hijos esto no hace aún a una mujer. El hombre que posee un piano aún no ha demostrado que tiene capacidad para ser un músico. Se requiere algo más.

Muchos conflictos en el hogar surgen debido a que la mujer no corresponde a su marido en la debida forma. Contemplemos ejemplos: si no respeta a su marido, éste se sentirá ofendido y menospreciado en su honra y en su

calidad de padre de familia. Resultado: problemas. Una mujer que no quiere sujetarse a su marido es motivo de molestias muy serias y hiere con su actitud de prepotencia los sentimientos de su esposo. Resultado: conflictos. La mujer que no sabe cuidar debidamente de su hogar, manteniéndolo limpio, ordenado y a los hijos bajo disciplina, se verá pronto envuelta en dificultades con su esposo, porque él desea un hogar correcto, ejemplar y todas las cosas en buen orden. La mujer que solamente piensa en ser "bonita", sin fijarse más bien en su belleza interior, la de un espíritu manso, tampoco contribuye a la felicidad del hogar.

Al igual como el marido también la mujer tiene que hacer lo posible para procurar un hogar feliz. Hay, pues obligaciones recíprocas. No se podría decir que es culpa del marido o culpa de la mujer. Ambos se deben respeto y tienen compromisos para con su hogar. Ambos tienen que esforzarse para lograr el mejor ambiente. La mujer tiene grandes posibilidades de contribuir a que su casa sea un centro de amor, de paz y de felicidad.

La mujer queda ligada a su esposo por toda su vida hasta la muerte (1 Corintios 7:39; Romanos 7:1 3). Por esto es siempre sabio cuando la mujer joven, antes de que dé un paso tan decisivo de casarse, mire bien con quien piensa hacerlo y si ella trae consigo al matrimonio las cualidades necesarias. Muchos problemas pueden ser evitados de esta manera, pero muchos otros problemas tienen que corregirse luego en el matrimonio mediante mutua comprensión, paciencia y amor. "Andemos como de día, honestamente, no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne".

La mujer es por naturaleza casi siempre amorosa, bondadosa y tiene un ser más frágil que el hombre. Pero tanto la mujer como el hombre están bajo la misma influencia del mal que reina en el mundo. De aquí que también ella tiene que mantenerse alerta y tener sus ojos bien abiertos y proceder sabiamente en la vida. Ninguna mujer puede alcanzar la felicidad en su vida sin considerar la palabra de Dios. Ambos, la mujer y su marido, tienen obligaciones y deben cumplir con ciertas leyes morales y éticas para que ambos puedan vivir contentos. No es el marido sólo, ni tampoco la mujer sólo, sino que ambos juntos lograrán la felicidad en el hogar. Y la mujer puede hacer maravillas si sostiene una conducta casta, sabia y prudente.

Me recuerdo de un hombre que se quejaba amargamente que nunca pudo obtener una satisfacción verdadera en las relaciones amorosas con su esposa. Dijo que su mujer jamás estaba dispuesta para la relación íntima y siempre se acercaba a él con mala disposición, sin participar vivamente. Es cierto que muchas mujeres no toman en cuenta suficientemente la importancia de las relaciones sexuales en su matrimonio y piensan que al conceder al marido tal

ventaja, y nada más, ya han hecho bastante. Sin embargo, no es el hecho, como tal, lo que trae satisfacción al esposo, sino más bien la disposición amorosa de su mujer en el momento de aquella intimidad, y, además, su manera de comportarse en esos instantes, es decir, su conducta para contribuir a la felicidad completa de su cónyuge.

Muchísimas personas desvían cuando se toca este tema. Dicen que es indecente e inmoral. Pero Dios tiene otra opinión. Todos queremos ser felices. Yo también. Pues bien, entonces debemos acercarnos con franqueza estudiosa a todos los problemas que nos conciernen en común. Las relaciones maritales son sagradas, son puras y limpias. Solamente en la mente de ciertas personas mal informadas existe algo diferente. Aún más, Dios dice que la mujer debe cumplir con su marido el deber conyugal, porque ello depende de su felicidad. Muchos matrimonios podrían salvarse si las personas se enfrentarían con mayor interés y franqueza a los problemas profundos, tratando de darle una solución adecuada. La mujer tiene una misión maravillosa: la de ser la esposa, el ser más querido de su marido y darle en la relación conyugal todo su cuerpo, su alma y el corazón. Es entregarle todo su ser para la total bendición de él; como él también debe hacer lo mismo con su mujer. "Y serán los dos uno". Esto requiere realmente toda nuestra personalidad. Si estas relaciones no fuesen importantes para alcanzar la paz en el matrimonio, entonces ¿por qué existen? Y, ¿por qué naufragan tantos matrimonios precisamente porque no saben como vivir y conseguir la felicidad.

Lo que va estrechamente vinculado con el impulso sexual es el aspecto físico de la mujer. Dios ha dado a la mujer un precioso cabello porque así ha querido adornarla. También le ha dado un cuerpo atractivo, dientes bellos y, en fin, la ha hecho mujer lo que, para el hombre, es la mayor atracción. Comprendo que cada mujer hogareña tiene que cumplir con ciertas labores de la casa. Sin embargo, no comprendo por qué tantas mujeres se descuidan en su aspecto físico; descuidan el cabello; hasta portan ropas sucias en la casa, son descuidadas en su manifestación en general y siempre ofrecen a sus maridos el cuadro clásico de la "caserita". Mujer, cumple con tu deber hogareño que es muy noble. Pero cumple también con ser siempre la amiga, la compañera y la esposa de tu marido. Cuando él regresa del trabajo quisiera encontrarte limpia, bien peinada, perfumada y atractiva. Yo diría que es sabio no dar al esposo un motivo justo de críticas, sino más bien hágale su vida diaria más dulce con su presencia encantadora. ¿Qué no puede hacerlo? Se lo aseguro que sí, usted puede y usted tiene que hacerlo; porque es para el ser que usted ama.

Finalmente la esposa tiene también la obligación de educar a sus hijos conjuntamente con su marido. Muchas escenas muy tristes se presentan cuando el marido tiene una idea y su mujer tiene otra, y todo el episodio se desarrolla en presencia de los niños. Es muy recomendable que los dos cónyuges lleguen a un acuerdo común en cuanto a la educación de sus niños,

de modo que siempre sepan cómo conducirse delante de los hijos y en cualquier circunstancia. Es peligroso mostrar desacuerdo con el cónyuge precisamente delante de los niños. Así, con toda seguridad, no respetarán lo suficiente a la madre ni tampoco al padre. No debemos olvidar que la mujer, por su calidad de madre, tiene mayor contacto con los hijos, por cuanto pasa mayor tiempo con ellos que su esposo el cual todo el día está ocupado en sus labores. En consecuencia, le corresponde a ella educar cristianamente a los hijos, cooperando con su marido, pero sin contradecir las instrucciones de su marido. Nos faltaría el tiempo y el espacio para escribir ampliamente sobre todo lo que hemos tocado, y lo que aún no hemos dicho. Es su propia misión estimada lectora, escudriñar la Escritura para encontrar todas las respuestas a tan vasto tema.

Querida amiga, debes sentirte feliz por el hecho de que Dios te haya hecho una mujer. Debes pensar que es maravilloso que puedas ser esposa y madre y entregar lo más tierno de tu amor a los seres que viven en tu corazón. Dios te ha bendecido grandemente por haberte hecho mujer, y debes tener plena consciencia de lo que esto significa. Jamás debe haber motivos de sentirte avergonzada por el hecho de la maternidad, porque es la manera más bella en que puedes trabajar juntamente con el Creador trayendo al mundo una nueva vida. En tus manos está el edificar tu hogar con sabiduría si entregas tu vida a Dios y obedeces sus mandamientos. En tus manos también está el poder de destruirlo todo si te entregas a la vanidad, el engaño y el pecado. "Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado ... le da ella bien y no mal todos los días de su vida" (Proverbios 31:10 12).

Es mi deseo que estas breves palabras puedan llevarte a la reflexión. Es mi oración que estos pensamientos puedan ayudarte a hacer de tu hogar, de tu propia vida, algo mucho más maravilloso, algo que permanezca, algo que te traerá felicidad para siempre. Que así sea.

Capítulo 4

LOS HIJOS

Bienaventurado todo aquel que teme a Jehová, que anda en sus caminos. Cuando comieres el trabajo de tus manos, Bienaventurado serás, y te irá bien. Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; Tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu casa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme a Jehová. Bendígate Jehová desde Sión, y veas el bien de

Jerusalén todos los días de tu vida. Y veas a los hijos de tus hijos. Paz sea sobre Israel. (Salmo 128).

A través de los capítulos anteriores hemos dicho que el hombre y su mujer, unidos en el matrimonio, realizan uno de sus propósitos más significativos, el, de ser fructíferos y multiplicarse sobre la tierra, con el fin de tener hijos y contribuir así a la procreación de la raza humana. El amor de ambos cónyuges encuentra su punto culminante en las relaciones íntimas, y el fruto de esa unión amorosa son precisamente los hijos. Los hijos son los que traen gran felicidad al hogar, contentamiento y nuevas obligaciones para la pareja. Desde luego, el Creador podría darnos, de acuerdo con nuestros deseos, los hijos por acción milagrosa como creó al hombre en, el principio; pero Dios dispuso algo mejor, que el hombre engendrare los hijos en su mujer y que ella, de sus propias entrañas, pariere al hijo de su amor como algo que proviene de los dos y que ahora, en esta nueva relación de padres de familia, une aún más el vínculo matrimonial de los esposos.

Es una cosa maravillosa ser padre y madre, tener el privilegio de tener herederos de su nombre y la dulce compañía de criaturas que alegran el hogar y que, muchas veces, nos hacen olvidar las penas que siempre se presentan. A la verdad, los hijos son un gran tesoro. Lamentablemente, hay muchos hombres y mujeres en el mundo que evidentemente no comprenden la responsabilidad que como padres tienen frente a sus hijos. Hay matrimonios que hasta aborrecen el hecho de tener un nuevo ser en su familia; los maltratan y les niegan las cosas más esenciales que por derecho legítimo corresponden a cada ser humano: amor, protección, alimentación y cuidado. He conocido personas que, desgraciadamente, no han tenido una infancia muy gloriosa, sino que tuvieron padres incapaces de brindarles un hogar cálido, negándoles las cosas necesarias para su normal desenvolvimiento. El resultado de esta tragedia es evidente. Casi siempre crecen con algún trauma mental de gran seriedad; odian al mundo que los rodea y lo culpan de su desgracia; les es difícil comprender a otras personas y sufren, frecuentemente, de tremendos complejos de inferioridad y de persecución. Aún más, muchos de los jóvenes de nuestros días que terminan su adolescencia detrás de las rejas de una prisión, han tenido la mala suerte de no poder elegirse mejores padres. Es incuestionable que el padre y la madre tienen la responsabilidad absoluta en la formación correcta de sus hijos y son ellos los que con sus actitudes sabias o necias formarán el niño de hoy, que será el hombre de mañana.

Un niño necesita mucho amor sincero de ambos padres, comprensión, dirección, enseñanza, cariño y el ejemplo diario del padre y de la madre. Pero no es esto todo. El hombre, como corona de la creación de Dios, tan complejo y con múltiples necesidades, tiene en su infancia necesidades tales como el juego sano, paseos, deportes, juguetes, y, como ser moral que es, dirección disciplinaria que le conseguiría firmeza en la vida y el debido respeto por las

leyes y preceptos de Dios. Y aún más. Los padres que niegan estas cosas esenciales a sus hijos sin, desde luego, llegar al otro extremo de engrairlos, lo que más bien les dañaría, desarrollan seres insatisfechos, no debidamente desenvueltos física y mentalmente, y con muchos rencores en su mente, lo que tarde o temprano será una barrera cuando los niños mal formados lleguen a ser adolescentes y luego adultos.

Las riquezas y las comodidades solamente no son suficientes tampoco para formar un hombre. Con una buena educación escolar y universitaria no hemos hecho aún todo. Dándoles muchos "caprichos", pensando que "los muchachos se lo merecen y, en fin, que se diviertan", no hacemos ningún bien. Lo que más necesita el ser humano en su estado tierno es amor, dirección y protección. Y en esto fallan muchos padres. Creo que podemos evitar todos los problemas de la juventud. La mayor dificultad reside, como ya lo hemos indicado, en los padres. Si nosotros como padres de nuestros hijos nos dedicamos suficientemente a su desarrollo y los cuidamos debidamente, pronto veremos qué clase de hijos sanos y felices tendremos. Toda buena cosa requiere atención, dedicación de tiempo y entrega total. Y, ¿qué es más bueno que la vida de nuestros hijos?

Veamos lo que como padres de familia tenemos que hacer por ellos, a fin de garantizarles un porvenir prometedor. La base sólida de toda educación cristiana es la enseñanza de los preceptos de Cristo que encontramos en las páginas del nuevo testamento. Debemos inculcar a nuestros hijos el respeto por la Sagrada Escritura, porque es la palabra de Dios. "Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino y al acostarte, y cuando te levantes" (Deuteronomio 6:6,7). Las palabras de Dios deben estar presentes en la mente del niño desde los primeros días de la infancia. Pero es menester dar ejemplo con nuestra propia vida. El padre o la madre que habla de las cosas divinas como si se tratara de los cuentos de los hermanos Grimm, jamás lograrán que sus hijos respeten las leyes de Dios y se hagan buenos cristianos. Es preciso que nosotros vayamos delante de los niños con un ejemplo legítimo. Debemos llevarlos a la iglesia, debemos orar con ellos, debemos nosotros instruirlos en el camino de Dios. "Hijo mío, no te olvides de orar hoy a Dios", suele a decirse a nuestros hijos, pero esto no va a resultar, si el matrimonio nunca ora juntamente con sus niños. "Hablaré cosas escondidas desde tiempos antiguos, las cuales hemos oído y entendido; que nuestros padres nos las contaron, y no las encubriremos a sus hijos ... a fin de que pongan en Dios su confianza y no se olviden de las obras de Dios; que guarden sus mandamientos" (Salmo 78).

Los mandamientos de Dios dan al hombre inteligencia y sabiduría y son como una lámpara a sus pies para que tenga luz en medio de este mundo tenebroso.

El niño bien instruido en este sentido, cuando llegue a ser una persona adulta, no va a naufragar en la vida.

Dice Pablo (Efesios 6:4). "Vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor". La disciplina siempre es necesaria. No puede haber sociedad justa alguna sin disciplina. Pero los hijos se disciplinan exigiéndoles el cumplimiento de lo que les enseñamos y no con provocaciones, iras y malos tratos. Muchas veces será preciso utilizar la vara para exigir respeto de parte de nuestros niños. Dice la Escritura que por usar el castigo no morirá tu hijo y que con palabras sólo no entiende, pero la vara ayudará al hijo a gravarse la lección bien en sus adentros. "El que detiene el castigo, aborrece a su hijo, mas el que le ama, desde temprano lo corrige" (Proverbios 13:24). "La vara y la corrección dan sabiduría; el muchacho consentido avergonzará a su madre. Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y alegría a tu alma" (Proverbios 29:15,17).

Yo sé que la educación de niños no es ninguna tarea fácil, pero también sé que todos los problemas los podemos resolver si solamente tuviéramos la voluntad que tanta falta nos hace. Decencia, moral, cultura, disciplina, estudio, etc. todo gritamos a nuestros jóvenes mil veces por día. En el futuro sena mas factible y más conveniente el inculcárselo desde los días más tiernos, pero con amor y constancia, y así* lo aprenderán poco a poco, casi sin darse cuenta. Que tampoco debemos exasperar a nuestros hijos, llevándolos a la desesperación o amargura (Colosenses 3:21).

Se ha dicho que no hay cosa más hermosa en este mundo que un hogar cristiano, basado en el amor de Dios, la comprensión y la ayuda mutua. Todos estos factores son aquellos que el hombre en el mundo no encuentra y se desespera por poseerlos. Tú, querido amigo, y yo, los tenemos a nuestra disposición. Dios espera que utilicemos nuestra sabiduría para el bien de nuestros hijos para que ellos sean hombres íntegros y felices.

El problema de divorcios es muy grave y no hay seres más infelices y expuestos a una vida malograda que aquéllos que provienen de matrimonios rotos o que viven al borde de la desesperación. Consideremos todo esto con mucha seriedad y pensemos ampliamente sobre el enorme trauma que formamos en la vida de los seres que deberían sernos más queridos: nuestros hijos, el fruto de nuestro amor. Hagamos un esfuerzo grande, extraordinario, para reparar los daños en nuestra casa matrimonial, para el bien de nuestros hijos, y para que ellos tengan un porvenir agradable.

En los últimos 50 años los divorcios en los Estados Unidos, sólo para tomar un ejemplo, han aumentado en un 300 por ciento. No obstante, y esto que se está dictando cursos especiales en cuanto a este tema en los Colegios, las Universidades y otros centros de instrucción y de enseñanza, el porcentaje no

ha encontrado mejoría alguna. Se supone que ahora el 51 por ciento de los matrimonios estadounidenses terminarán en las cortes de divorcio. Pero el divorcio, la separación del matrimonio, tiene una influencia devastadora en la pareja, especialmente en los niños. Los hijos provenientes de tales hogares destruidos tienen solamente el 25 por ciento de oportunidad de éxito en la vida que aquellos niños de hogares normales. Hay, según cálculos cuidadosamente elaborados, seis veces más peligro para los niños de padres divorciados de terminar en una vida de delincuencia que el niño corriente promedial. Precisamente del grupo anterior proceden los que cometen crímenes y toda clase de males sociales. Debemos hacer un alto y pensar.

No olvidemos que Dios odia la actitud que mira hacia la separación del matrimonio, el divorcio (Malaquías 2:16). La voluntad de Dios para con el hombre es "un hombre y una mujer para toda la vida". Los niños necesitan nuestro cuidado, nuestro ejemplo, nuestro amor, nuestra vida misma.

¿Qué dejará usted a sus hijos? He aquí unos consejos, algunos de los cuales ya han sido mencionados; cosas útiles que podemos y debemos dejar como herencia a nuestros hijos, para que tengan éxito en la vida.

Un buen nombre (Proverbios 22: 1; Eclesiastés 7: 1). "Mejores la buena fama que el buen unguento". Mala fama es una carga pesada y un mal social muy grande.

La memoria de un hogar cristiano. Cuando el hijo pródigo se fue para probar la vida por su propia cuenta, en la miseria y estando en la lejanía de su hogar, se acordó con cariño de su casa paterna, y, por fin, fue atraído nuevamente por el recuerdo de su hogar. Su vida se rectificó por el buen recuerdo del hogar decente, aunque tuvo que pasar por el fuego de las pruebas.

Un ejemplo personal. Es correcto decir a nuestros niños que hagan esto y que dejen de hacer aquel. Pero el ejemplo nuestro es el mejor maestro.

Una educación cristiana. La educación perfecta está descrita en Lucas 2:52 donde se dice que Jesús creció en sabiduría y estatura, y en favor con Dios y los hombres.

Una apreciación de lo hermoso. Dios ha rodeado al hombre de lo bello y valioso en esta vida en la naturaleza, la música, la literatura, el arte y, sobre todo, en santidad de una vida justa. Queramos dejar a nuestros hijos la habilidad de apreciar lo hermoso y de contemplar lo bello en esta vida y en toda la creación de Dios. Demasiadas personas viven en frustración, con mentes vacías, una vida sin sentido, mientras que todo en su derredor es bondad inspiradora de un mundo maravilloso en todo el ancho y largo. Niños que sabrán apreciar lo bello de este mundo serán enriquecidos sobremanera y

más allá de toda imaginación. Pero no te olvides: un mundo mejor comienza contigo mismo.

Una fe genuina en Dios. En una época de escepticismo, dudas y cinismo, es maravilloso poder dejar a nuestros hijos la fe auténtica en el Dios viviente por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 10:17). Vayamos con ellos a los cultos de la iglesia y practiquemos la religión de Cristo con ellos.

De nuestra enseñanza y educación dada a los hijos depende el que ellos obedezcan a Dios y a nosotros y muestren fidelidad en sus vidas. Los hijos son el tesoro más, apreciado de los padres y de la nación. Sin hijos sanos no habría familias sanas, ni tampoco naciones sanas, y la raza humana se extinguiría. Pero para que la nación sea poderosa, fuerte, sabia y progresista, el hombre y la mujer, en su calidad de padres, deben inculcar a sus hijos el respeto por las leyes divinas y del país; inspirarles espíritu de trabajo, de superación y de exactitud, proveerlos de una rígida disciplina hogareña y cristiana (el estado en miniatura), en la cual el amor no fingido y verdadero es la base. También deben darles la mejor educación escolar para así alistarlos para la vida práctica y el futuro. Es responsabilidad de los' padres el hacer lo que hemos dicho, y velar por el bienestar material de sus niños.

El hogar es el fundamento de cada pueblo. Si el hogar individual es débil, la nación será débil. Si el niño de hoy no es adoctrinado de acuerdo con las enseñanzas divinas, con disciplina y respeto, el hombre de mañana será un elemento inútil para la familia, la sociedad y el Estado en el que vive, y para Dios. No olvidemos que el niño de hoy será el hombre de mañana, y lo que como padre y madre le daremos hoy, esto se reflejará en el niño mañana cuando ya sea una persona adulta y consciente.

Mucho ha sido escrito acerca del matrimonio, la educación de los hijos, y el valor del hogar. Sabemos a ciencia cierta que los hogares de nuestros días se están derrumbando más y más. Reconocemos el peligro y también discutimos acerca de la espantosa y peligrosa verdad de este hecho. Pero, querido lector, ¿qué hemos hecho para analizar nuestra propia vida que corre peligro? ¿Estamos seguros de que todo marcha bien y que no hay peligro de ninguna clase? Este pequeño estudio ha sido escrito con el fin de hacernos pensar y reflexionar sobre nuestro propio hogar, nuestra propia condición como padre y madre, y para meditar en el futuro de nuestros hijos. Es el deseo del autor que este escrito pueda resultar en una gran bendición para su hogar, que es lo más bello en este mundo, y que la luz roja de alarma pueda ser advertida a tiempo.